

Universidad de Deusto. Ciclo: Arte y parte en la sociedad del espectáculo  
27 de Enero de 2004

## El perfil del político en el siglo XXI

Me resulta difícil hablar de las características del político del siglo XXI porque yo soy un político del siglo XX y no sé lo que va a tener que ser en el XXI pues el contexto es muy distinto. Yo he sido Presidente durante 23 años y además con éxito, si me permiten la inmodestia porque me han reelegido seis veces e incluso la última vez que ya no me presenté como candidato, pero que estaba al pie del cañón, volvimos a ganar las elecciones. Perdimos, eso sí, el Gobierno, cosa que a veces sucede por causa de las combinaciones parlamentarias. Por lo tanto debe quedar claro que si en 23 años hemos gozado de este privilegio es porque hemos conseguido, tanto la fuerza política que represento, como yo mismo, reciclarlos. Desde 1978 hasta hoy día han pasado muchas cosas, y si hemos sido capaces de seguir enviando el mensaje que ha sido asumido por una parte muy importante del pueblo de Cataluña, es porque lo hemos ido adaptando. Ahora mismo como no siendo Presidente, no tengo una responsabilidad política directa, y en realidad no debiera preocuparme mucho del día a día, pero de todas formas si fuera Presidente sé muy bien lo que haría, lo que intentaría hacer, de acuerdo con la circunstancia de hoy que no es exactamente la misma que hace 4 años. Pero a pesar de esto, a pesar de seguir al día, me resulta un poco difícil hablar a fondo del político del siglo XXI.

Realmente es un tema acertado sobre el que vale la pena que se hable porque están cambiando muchas cosas. Voy a hablar de tres puntos concretos sobre los que en estos momentos un político tiene que plantearse las cosas en forma distinta a cómo se hacía solamente 10 años atrás: **Las nuevas tecnologías, la globalización y las nuevas ideas** --o simplemente las viejas ideas que vuelven y que por lo tanto ahora son nuevas--.

De las nuevas tecnologías no hablaré desde el punto de vista de la tremenda influencia que tienen sobre la economía, sino en la práctica política. En los años 30 uno de los factores que explica el éxito del Presidente Roosevelt en los Estados Unidos fue que por primera vez un político importante supo sacar provecho de la radio. La radio era, entonces, casi una nueva tecnología, o por lo menos nadie había sabido utilizarla bien. Roosevelt lo supo hacer. Algo parecido sucedió a finales de los 50 y principios de los 60 con algunos políticos que, como Kennedy, supieron sacar provecho de la televisión antes que otros. Recordemos que las elecciones del año 1960 se las ganó a Nixon a través de un debate televisivo y no precisamente por el peso argumental que pusieron encima de la mesa unos y otros sino precisamente por la técnica de utilización del medio de la televisión. Actualmente, las nuevas tecnologías, las tecnologías de la información y de la comunicación, están teniendo una influencia política cada vez más importante para quien sabe utilizarlas. Se decía hace pocos años que si alguien tenía posibilidades de ganar las elecciones del "Campus" era gracias a la utilización que sus partidarios hacían de Internet, que era la tecnología nueva. Pero en 1995 Internet no existía desde el punto de vista doméstico y solamente alcanzaba al mundo universitario y científico. La comercialización de Internet aún no se había hecho, y es una nueva tecnología de tremenda trascendencia que hay que saber utilizar.

En los Estados Unidos actualmente esta irrupción potente, no sólo a nivel de los institutos de estudio, sino también a nivel capilar, es decir, de llegar hasta el último rincón, hasta la última casa, está en la base del auge muy potente, por ejemplo, del pensamiento neoconservador. El pensamiento neoconservador, tanto en lo religioso como en lo no religioso, es un pensamiento potente porque ha sido asumido por gente de gran convicción, y además, con recursos tecnológicos extraordinarios, que llegan a todas partes, se filtran. No se les puede prácticamente cerrar las puertas. Esas son cosas que los políticos del siglo XXI, deberán tener en cuenta.

El segundo punto: la globalización. Globalizaciones las ha habido siempre en la historia de la humanidad. Globalización entre otras cosas quiere decir ensanchamiento del mundo y la posibilidad de llegar a todas partes de una forma u otra, con mayor o menor velocidad. El descubrimiento de América, por ejemplo, fue un fenómeno de globalización, pues hizo que el Mundo –además coincidió con la mayor facilidad para la relación con Asia-, se ensanchara muchísimo. Los políticos de aquella época tuvieron que hacer un esfuerzo para adaptarse a esa situación. Quién no lo hizo entró en decadencia, como fue el caso de Cataluña. Cataluña entró en decadencia por diversos motivos, pero hubo --y no solamente para Cataluña sino para todo el Mediterráneo—una causa fundamental; que el mundo se ensanchó hacia el Atlántico, hacia América, y en un cierto sentido hacia Asia, aunque esto último de una forma mucho más secundaria. Saber o poder reaccionar o no frente a eso era básico para los políticos de aquella época. No tener la posibilidad de reaccionar conduce a las mismas consecuencias puesto que no hay defensa posible.

Por ejemplo, los inventos mecánicos y científicos de los ingleses del siglo XVIII representaron un cambio radical en el mundo, que algunos países y algunos políticos y algunos sectores de gente supieron aprovechar, como fue el caso de Cataluña que lo hizo muy tempranamente. Ya a finales del siglo XVIII Cataluña –que en este caso sí había conectado con el movimiento industrial inglés, con los nuevos telares, con las maquinas de vapor, etc. De ahí el progreso relativamente mucho más fuerte que en el resto de España porque conectó en aquel momento con un fenómeno nuevo que traspasaba fronteras, y que no se podía analizar desde el punto de vista estrictamente local. El resto de España entonces no lo hizo.

Hoy estamos todos preocupados por el fenómeno de la *deslocalización*, que en realidad es una manifestación del fenómeno de la globalización. Antes se hablaba de China como de un país muy remoto y misterioso, o de un país muy cerrado en sí mismo en la época del maoísmo. También la India, que hasta hace cuatro días pensábamos que no iba a seguir el camino de desarrollo acelerado de China, lo ha iniciado ya hasta el punto de que Norte América y Alemania están buscando técnicos hindús sobre todo en el campo de la informática, mientras que por el contrario y no digamos empresarios que invirtiesen allí. Hay técnicos europeos que están buscando trabajo en la India. El flujo tiene lugar en los dos sentidos. Es decir, hay un trasiego de mano de obra especializada de la India a Alemania y a los Estados Unidos, o de Alemania a la India y eso es un fenómeno de globalización de gran envergadura que no sabemos hasta que punto tendrá influencia en el terreno de la industria y por consiguiente en el terreno de los puestos de trabajo, del desarrollo económico, etc. Un político del siglo XXI deberá tener muy presentes las nuevas tecnologías, y la globalización.

Como tercer punto señalaba que el político del siglo XXI debería tener en cuenta las nuevas ideas o las ideas viejas que vuelven. Que también sucede. En el terreno de las ideas, yo pienso que lo que hay en estos momentos en Europa es una gran confusión.

No me siento satisfecho con lo que es el pensamiento intelectual europeo en estos momentos ni la producción de nuevas ideas. No me siento satisfecho. A mi que soy un patriota europeo, a parte de ser un patriota catalán, esto me preocupa mucho, y hay que encontrar un camino. Una de las cosas que dificulta encontrar ese camino en Europa es que somos muy esclavos de eso que llaman lo *políticamente correcto*, pues impide pensar. Lo que se entiende por correcto resulta un freno para pensar, y muchas veces cuando se piensa la reacción es “no, mejor no decirlo, eso no queda bien o no va a ser aceptado...”. A partir de ese momento hay pobreza en el pensamiento intelectual y político europeo. Esta es mi idea al respecto. Los políticos deben tenerlo en cuenta aunque en realidad son, y somos, las primeras víctimas de lo *políticamente correcto*. Por otra parte las ideas dominantes actualmente y desde hace tiempo son ideas pocos consistentes, son las llamadas *ideas posmodernistas*, como el consumismo, el inmediatismo de la publicidad y la imagen. No se puede prescindir de esto, primero porque ejerce una influencia enorme y luego porque al propio tiempo que son hechos que yo me atrevo a criticar, y que cada vez criticaré más --porque ya no tengo responsabilidades políticas y puedo decir lo que pienso--, tienen aspectos positivos. El mismo consumismo es fácil de criticar y muy criticado por gente consumista, pero tiene cosas buenas, pues indica riqueza, posibilidad de opción y una cierta alegría en nuestra vida cotidiana. Yo fui defensor del consumismo hace 20 ó 30 años, y en cierta manera lo sigo siendo. En aquellos tiempos los anticonsumistas, por lo general, eran ideológicamente los que admiraban el régimen soviético o los regímenes de Vietnam o de la China maoísta y decían que aquellos regímenes eran mejores porque rechazaban el consumismo. Yo les decía que puestos a optar entre el consumismo y el comunismo, yo prefería el primero porque era más garantía de libertad, de un mayor nivel de vida y de más perspectivas de todo tipo. Pero no deja de ser cierto que hoy el consumismo nos conduce a una conjunción excesiva entre consumismo y mediatismo. Y esto tiene sus riesgos. En todo caso, hay que complementarlos y corregirlos con otros planteamientos. Hay cosas en el terreno de las nuevas ideas, desde mi perspectiva, que no son positivas.

Quizás de las menos conocidas y comentadas esté el fenómeno que los sociólogos llaman de la *desvinculación*. ¿Que quiere decir la desvinculación? Quiere decir dar una prioridad absoluta a la realización individual, de cada persona, y esto está bien en cierto sentido ya que no hay nada tan importante como la persona y en definitiva las cosas tienen sentido y son realmente buenas si lo son para las personas, para cada una individualmente. Una de las más importantes influencias intelectuales que recibí en mi juventud y que ayudó a configurar mi pensamiento político y social fue la de Mounier, en realidad el personalismo cristiano de Mounier, para quién la persona es lo importante. Pero el mismo personalismo de Mounier insiste en que tiene que haber una interacción entre la persona y la comunidad y que no puede aceptarse lo que hoy se entiende por la desvinculación; es decir, que no tenemos ningún deber respecto a lo que no sea yo mismo y a aquello que no sea mi propia realización personal. Eso, va en perjuicio del interés general.

En esta línea habría que replantear aquellas ideas relacionadas con el Estado del Bienestar, que es una de las grandes conquistas de nuestro tiempo, y a la que no podemos renunciar. Tenemos que ser conscientes que el Estado del Bienestar no responde sólo a lo que podríamos llamar un espíritu de justicia, de distribuir la riqueza, de dar oportunidades a todo el mundo, sino también --por lo menos en el momento actual- a un espíritu individualista y de desvinculación. De ahí que siendo realmente importante el Estado de Bienestar siempre nos resulte absolutamente insuficiente. Eso

no quita que la sociedad que hemos construido, y en eso quisiera insistir, tiene muchos aspectos positivos. Quisiera dejar claro que a pesar de cuanto acabo de decir, los políticos deberemos tenerlo en cuenta para superar una crisis profunda que puede afectarnos. Ha de quedar claro que la sociedad que hemos construido, que Europa ha construido, esta sociedad tiene mucho de positivo pese a algunos interrogantes que actualmente plantea. Nuestro modelo europeo es el mejor del mundo, es el que combina mejor la capacidad de producir riqueza, de distribuirla, la capacidad de respetar las minorías, de hacer política medioambiental, incluso más capacidad que Estados Unidos para ocuparnos de los países en subdesarrollo.

Por eso yo siempre me he enfrentado con los movimientos. Y las movilizaciones que se hacen con el lema "Otra Europa es posible" y que forman parte del movimiento antiglobalización. Porque mi pregunta siempre es la siguiente: "¿Cuál es esa otra Europa posible?, ¿A qué otro modelo se refieren ustedes que produzca más riqueza, que sea más respetuosa con el medio ambiente, que reparta mejor la riqueza, que de más seguridad a la gente, etc.?" Por supuesto, hay gente que queda al margen del Estado del Bienestar, que es desgraciada y que está olvidada y que está tratada injustamente, y que incluso tiene mala suerte en la vida. Pero de todas formas díganme ustedes cual es ese modelo que según ustedes hay que implantar. La verdad es que nunca me han dado una respuesta y por esto sigo quedándome con la Europa que tenemos.

Sin embargo es cierto que se percibe un cierto agotamiento del impulso político y moral del sistema. Con esto tendrán que enfrentarse a los políticos del siglo XXI. Pero no creo que deban hacerlo desde la crítica sistemática carente de alternativa. O incluso de la transgresión sin esfuerzo de solución que es como lo están haciendo algunos sectores del movimiento de antiglobalización.

He hablado con políticos alemanes, a veces en grupo y en ocasiones individualmente, analizando este tema desde la perspectiva alemana. Su testimonio es sumamente interesante en este sentido, Y en mayor o menor grado puede generalizarse a toda Europa. y quiero decirles que esta perspectiva alemana se puede generalizar a toda Europa. Dicen: "Nosotros en Alemania hemos pasado dos fases muy positivas. En 1945, terminada la guerra, teníamos un país destruido, desmoralizado, humillado, maculado, es decir con un sentimiento de culpabilidad por todo lo que había pasado. Sin embargo, estuvimos impregnados de lo que llamamos *la moral de la reconstrucción*. ¿Qué hay que hacer con un país destruido, destrozado, con 12 millones de inmigrantes de todas partes?

Entonces la moral de la reconstrucción nos impulsó. Durante 15 años teníamos claro que había que reconstruir el país, con dedicación y disciplina. Fue la época brillante. En los años 60 ya éramos ricos, y entonces ¿qué hay que hacer ahora?: distribuir la riqueza. Y así tuvimos otros 15 años más brillantes, de distribución de la riqueza de creación del Estado del Bienestar. Pero una vez reconstruido el país y distribuida la riqueza, ¿qué más hay que hacer?. Desde entonces no tenemos móvil moral, nada que nos empuje. Hemos tenido dos momentos en los cuales algo nos ha empujado: cuando la reunificación pareció que esto podría ser un nuevo impulso, y luego cuando Alemania lideró durante unos años el movimiento de la Unificación Europea y de la Unión Económica y Monetaria, es decir, el Euro. Alemania hizo el gran gesto de decir ¿qué es lo que después de haber superado los demonios del nazismo y demás, que es lo que ahora nos enorgullece más? El marco, el Deutsche Mark; pues bien, vamos a renunciar a él para que haya una moneda única, el Euro, y así se consolidará la unificación europea". Ellos, movidos además por algo no puramente económico sino

por la asunción de una responsabilidad histórica, volvieron a sentir un cierto impulso movilizador, pero ahora no los mueve nada. Cuando no les mueve nada es difícil hacer grandes progresos. Y eso es también lo que pasa en toda Europa.

Hemos hablado de las ideas que han entrado en crisis, a pesar de que muchas de ellas realmente han producido efectos altamente positivos. Por ejemplo han producido el Estado del Bienestar y algo tan extraordinario como la Unión Europea. En los años 1950–55 era difícil prever que existiría que habría algo de la Unión Europea tal como la tenemos. Es cierto que hay aspectos insatisfactorios, y que en parte están atascados pero de todas formas hemos llegado muy lejos. Todo esto han sido ideas, algunas de las cuales están ahora en crisis, pero con las que el político del siglo XXI tendrá que trabajar. Lo que sucede es que ahora hay ideas nuevas, que en realidad son algunas de las antiguas que vuelven como dice un Premio Nóbel norteamericano: “El mundo está sustituyendo sus planteamientos irónicos y cínicos hacia ideas y valores antiguos”. Pronunció otra frase poco después, tras el atentado del 11 de septiembre, que se dirige quizás más a la sociedad americana aunque también vale para nosotros: “no podemos ser, ni debemos ser una sociedad predominantemente lúdica”. Es una advertencia oportuna porque el Estado del Bienestar tal como lo tenemos planteado nos conduce a una sociedad basada en la seguridad y con una fuerte orientación lúdica. Esto está más claro en Estados Unidos que en Europa, pero de todas formas hay entre nosotros algunos políticos, mezcla de político e intelectual, como Johannes Rau, actual presidente de la República federal alemana, o como fue su antecesor, Roman Herzog, o como Tony Blair, que ha sido y es un personaje importante en la introducción de ideas nuevas o variantes de las antiguas. Blair se dirige a su país, a sus 60 millones de habitantes, diciendo no hay derechos sin deberes y ustedes no pueden pedirnos nada más si antes no cumplen, pues sus deberes no son únicamente pagar impuestos” Y esto los políticos del siglo XXI, dejando de lado la actuación de Blair más o menos acertada estos últimos tiempos, lo tienen que asumir. Esta reacción contra la facilidad y contra el cinismo y la ironía, es necesaria. Es decir, no hay que estar necesariamente de acuerdo con lo que uno dice o piensa y se tiene que comprender porque forma parte de las debilidades humanas. La ironía está muy bien y precisamente los catalanes tenemos fama de ser un pueblo más bien irónico, lo cual ignoro si es una gran virtud o no, pero voy a admitir que lo sea. Pero de todas formas debe utilizarse con una discreción, porque como decía el cinismo y la ironía son un instrumento de distanciamiento. Y está muy bien distanciarse, ver las cosas un poco de lejos. Pero no siempre, claro. Hay momentos en los cuales el político tiene que comprometerse a fondo y asumir todos los riesgos y para eso necesitamos convicciones, necesitamos evitar la frivolidad y no aceptar la política como una provocación juguetona.

Permítanme que les lea un trozo de un discurso que pronuncié el año 2001: “Estamos amenazados de inconsecuencia, de indolencia inteligente, de indiferencia elegante y bien envuelta, de actitudes intelectuales y de propuestas de todo tipo de escaparate”. Hace poco una persona importante me dijo muy satisfecho: “Acabo de escribir un texto provocador, porque es la hora de la provocación”. No, le dije, no es la hora de la provocación, pues ya la tenemos y no hay que crear más. Quien no sepa ver los elementos de provocación que hay en nuestra sociedad está ciego; hay la provocación de los atentados criminales de Nueva York, la provocación del drama espantoso de África, el sentimiento de humillación y de impotencia de gran parte del mundo islámico, de lo que representa las grandes migraciones en todo el mundo, de la ausencia de liderazgo europeo, de la responsabilidad compartida por el fracaso de la paz de Oriente Medio y muchos más. ¿No es todo esto suficiente provocación? No tenemos más necesidad de ninguna provocación pedante y cómoda, fácil y poco

comprometida, que haría perder calidad humana y eficacia a nuestro discurso. Lo que quiero decir es que los tiempos han cambiado, para bien o para mal, no lo sé, pero es seguro que ahora se reclama mucha autenticidad, mucha responsabilidad y mucha consecuencia.

Naturalmente esto requiere respuestas políticas y también respuestas de la sociedad civil. Y es verdad, sin sociedad civil, sin gente organizada, activa, positiva, no hay país. Solamente con políticos no hay país. Esto es especialmente evidente en Cataluña donde hemos estado tantas décadas, incluso siglos, sin poder político propio y sin embargo hemos salido adelante gracias a la gente. Pero es muy importante que los políticos del siglo XXI se den cuenta de que sin política tampoco se avanza aunque haya sociedad civil. La política es absolutamente necesaria, pues hay decisiones que sólo toman los políticos y responsabilidades que sólo asumen los políticos. Los políticos del siglo XXI, pero también los del siglo XX, rinden cuentas a la sociedad o país mientras que la sociedad no rinde cuentas a nadie. Lo hacemos sólo quienes tenemos responsabilidad ante el país. En una conferencia que pronuncié con el título "Grandeza y Miseria de la Política" decía: "Hay cosas que solo hacemos los políticos". Además tenemos una responsabilidad global, porque uno de los problemas que puede plantearse en la sociedad civil, repito sin la que no hay país, es que se corre un importante riesgo de fragmentación. Actualmente esto sucede. Ante el desprestigio en que a veces incurre la política se recurre a la sociedad civil, pues se piensa que la sociedad civil o las entidades representativas de la sociedad civil son desinteresadas y esto les da un prestigio. Y todo eso es legítimo. Pero la concepción global de lo que es la sociedad la tienen finalmente los políticos, y quienes se enfrentan a las contradicciones de la sociedad son los políticos. El político tiene encima de la mesa una serie de intereses contradictorios, todos legítimos, y tiene que elegir entre ellos. Esa elección solamente la puede hacer el político. Se tiende, un poco en detrimento de la política, a otorgar un prestigio renovado a la sociedad civil, pero se debe tener en cuenta que finalmente la responsabilidad del bien común no es de la sociedad, a la que nadie se lo reclama y no tiene que rendir cuentas ante nadie. Esta visión global del país no tiene porque tenerla la sociedad civil, que muchas veces representa intereses particulares, aunque legítimos. Actualmente, eso es especialmente evidente.

A modo de conclusión de lo que el político del siglo XXI debiera ser, puedo decir que tiene que ser lo mismo que siempre. El político del siglo XXI no ha de ser distinto del siglo XX ni del XIX, lo que pasa es que se encontrará con un mundo distinto, con unas tecnologías distintas, con problemas distintos y con mentalidades distintas a las que tendrá que adaptarse. Podríamos hacer una lista de las cosas que un buen político del siglo XXI tiene que tener, por lo menos tal y como yo lo entiendo, pero sería una especie de vademécum. Yo entiendo que un buen político tiene que tener convicciones, tiene que estar preparado, con instinto, a veces más importante que la preparación. Todos conocemos políticos muy eruditos, muy entendidos y competentes, pero que fracasan como políticos, porque no tienen instinto, porque no tienen carácter, porque en el fondo no tienen vocación, porque no creen en nada, porque no son capaces de decidir, porque no tienen sentido de la responsabilidad o capacidad de asunción de responsabilidad, porque no tienen sentido del bien común, porque no tienen una visión global, etc. o bien porque son inmediatistas y no tienen coraje. Coraje se necesita para todo, para la cosa más elemental, sencilla y humilde. Kennedy una vez escribió, o hizo que alguien se lo escribiera, una serie de biografías sobre políticos americanos no muy conocidos, excepto Adams, Presidente de los Estados Unidos a principios del siglo XIX. La primera condición de un político, decía Kennedy, es el coraje.

Les voy a contar dos casos personales de los cuales creo que hice bien en uno y mal en el otro, y en ambos casos por el factor coraje. Hoy comentaba con unos empresarios vascos el gran éxito del Polígono Petroquímico de Tarragona, pero este éxito se debe en parte a mi gobierno porque en un momento determinado decidió traer agua del Ebro a Tarragona. Esto nos costó votos, nos costó manifestaciones. Pero es una de las zonas de desarrollo más importantes de España y de gran parte del Mediterráneo, con parques temáticos e industrias petroquímicas en quince kilómetros cuadrados. Organizar esto requiere un cierto coraje y traer el agua a pesar de todas las manifestaciones y todas las pancartas y plataformas, que entre otras cosas decían que el agua del Ebro es nuclear y que por lo tanto produciría leucemia, que es mentira. Para todo esto se necesita coraje, dejar que te silben, dejar que te abucheen, etc.

No tuve coraje, en cambio, y esto es más grave, pues no tuve suficiente visión de futuro ni suficiente perspicacia, fue en la cuestión de la política familiar. También es cierto que no tenía dinero para ello, no propiamente en buena parte era competencia de la Generalitat, pero aunque fuera con poco dinero debí hacerlo. Me faltó coraje para hacer en su momento una política de familia en Cataluña. No la iniciamos hasta hace cuatro o cinco años porque no supe sobreponerme antes a la presión mediática y política anti-familia dominante en Cataluña, en parte de España y en parte de Europa. Cada vez que hacía un discurso de familia se me echaba encima todo el mundo, y como además tengo siete hijos, con sarcasmo.

Curiosamente yo he tenido que utilizar una estratagema para defender mis ideas; utilizar los argumentos de otros, y además de izquierdas porque si son de derechas no valen. He tenido que citar un texto aparentemente mío, por ejemplo: "Hay que hacer política de familia; sería bueno que las familias tuviesen tres niños" (risotadas de medio Parlament). Para a continuación decir: "Señores, este texto no es mío, sino del Presidente Mitterrand escrito en Le Monde." Otro es Tony Blair, que ha sido el primero de los políticos que han asumido argumentos pro familia. Fíjense ustedes que una de las grandes frivolidades de la política europea es que nunca se habla de la demografía cuando un país, y también Europa, es sólo dos cosas, territorio y gente. Europa es el único continente que pierde rápidamente población, no solamente en términos relativos, que en términos relativos también la pierde Sudamérica y Norteamérica, sino en términos absolutos. Europa pierde muchos habitantes en términos relativos, pero más en términos absolutos, que es más grave. Prisionero de todo esto yo no hice lo que debía y lo he hecho ahora al final, en los últimos tres o cuatro años.

-----

Con esta lista de cualidades que he citado el político del siglo XXI sería perfecto. Pero hay que añadir que el coraje va muy vinculado a las decisiones a largo plazo. Es decir, en la política domina demasiado el prurito de hacer cosas que deben estar listas para las próximas elecciones. Son cuatro años, pero en cuatro años muchas de las cosas importantes que hay que hacer en un país se pueden plantear pero no se pueden hacer. Los primeros cuatro años se acumulan los inconvenientes, las expropiaciones, las discusiones con los ecologistas, con tal o cual población, etc.

Me gustaría incidir en un tema muy importante para cualquier político del siglo XXI o de cualquier siglo, pues ya en tiempo de los romanos o de los griegos esto era básico: la capacidad de liderazgo moral. Un político tiene que procurar tener ese liderazgo moral, tanto si es alcalde o presidente de Cataluña, de Estados Unidos o de cualquier país. Es un problema de actitudes que va ligado a la capacidad de interpretar a la gente y a la capacidad de interpelarla. Ahora, cuando analizo mi vida de político

durante 23 años como Presidente de la Generalitat, me acuso de no haber interpelado suficientemente a la gente, aunque seguramente lo he hecho más que otros. Para ejercer este liderazgo hay que ser capaz de hacer un discurso moral, y esto es muy complicado y a veces muy presuntuoso. Se puede caer en el ridículo, pero sobre todo es arriesgado porque la gente no lo admite muchas veces. Y sólo la gente lo admite, la oposición no, pero sobre todo no lo admiten los medios de comunicación y el mundo intelectual. Si interpelas a la gente en ese sentido y haces un discurso moral puede pasar lo que a mí. La gente se levanta diciendo: “¿con qué derecho Pujol nos interpela desde la perspectiva del discurso moral?” Llegar al interior de la gente no se puede hacer con un discurso superficial, hay que correr el riesgo de herir a los que te escuchan. Un ejemplo: Si sobre una superficie barnizada caen 200 litros de agua, no pasa nada, el agua resbala; pero si nosotros dañamos la superficie, 20 litros de agua pueden penetrar dentro. Esta es la diferencia entre la física puramente de contacto y la física capaz de mojar dentro. Sería bueno que los políticos intentáramos penetrar dentro de la gente, es decir no movernos únicamente por la física del contacto, de algo que se desliza y que no tiene ningún efecto, que es el discurso convencional y políticamente correcto, el discurso que no hiere, que no interpela. Porque la interpelación es la herida que hace permeable la superficie, y pienso que un político debe intentarlo. Cuando uno hace esto te dicen: “¿usted tiene derecho a predicar?”. Pues sí, yo tengo la obligación de predicar. San Pablo en una de sus epístolas dice: “Ni yo mismo sé si estoy justificado”. Eso no quita que San Pablo no tuviera derecho a predicar, es más, tenía la obligación de predicar. Y cuando Kennedy dice: “pregúntense los americanos no lo que América puede hacer por ellos sino lo que ellos pueden hacer por América”, es predicación.

Lo que se pide a los políticos del siglo XXI, o de cualquier siglo, es estar muy cerca de la realidad de la vida humana, ser capaz de aunar la responsabilidad colectiva a la individual, y a que el político sienta afecto por la gente. Esto puede parecerles moralina, y muchos me dicen que mis discursos lo son, pero realmente pienso que un político tiene que sentir afecto por la gente. Sentir afecto por la gente es riesgo, predicar a la gente es riesgo, trabajar a largo plazo es riesgo, tener visión global y no únicamente parcial es riesgo, etc. Finalmente creo que la cosa más importante que un político del siglo XXI tiene que tener es coraje y, por supuesto, honestidad y capacidad de asumir responsabilidades y riesgos.

Les agradezco mucho su amable atención.